

cerró con el bombardeo aéreo de la Cruz Roja, en Etiopía.

de Ginebra, Paul du Bouchet como de mal augurio para 1936. del mundo, dos filosofías de la que. A la mística de la paz se la violencia triunfante. Por monismo toma el carácter de una e religión. A este respecto, no acer notar la mansedumbre con Romana juzga los sucesos del I sobresalto de indignación que provocado en los medios profesnte en la Gran Bretaña.»

secuencia de este estado de co-gracia 1936, será atrasar la solu-económica, agravar considerable-scales que hacen ya sucumbir a lo tanto, envenenar los antago-cial que amenazan la paz interior de este punto de vista, la aven-á talvez para nuestra civilización, Los rusos, los alemanes y los que a ellos no se les da nada, necha su revolución. ¿Pero qué nises, sobre todo de los peque-ñiza, en medio de tales trastor-

los pequeños países existen tan cia del Derecho Internacional. La ñones — no hablo de la de Gine-mera. Es una realidad que de- por todos los medios a nuestro creado los legisladores; pero hay sión legal.

En guerra, es ridículo pensar en armarse cuando se es pequeño. El medio millón de habitantes de Costa Rica, transformado en medio millón de soldados de 1.^a fuerza, sería siempre absolutamente incapaz de resguardar la soberanía nacional.

Paul du Bouchet llega a temer que la aventura africana marque el comienzo del fin de la civilización. Yo, nó. Pienso que es al contrario, uno de los episodios extremos de la tenebrosa post-guerra que va a terminar.

* * *

Los marxistas y todos los que en sus desvelos colocan en primer término el problema económico, me hacen el efecto de caminantes extraviados. Ya no discutiré nunca más con ellos. Les tengo lástima, una lástima soberana. Lo digo sin jactancia. Páguenme con el desprecio o con la injuria, yo no los tomaré nunca más en cuenta.

Conforme he venido haciéndome experimentado, me he convencido de que la estrella que tomé para dirigirme al entrar en la vida social, era la buena, y me duelo de haberle vuelto la espalda tantas veces, arrastrado por las falacias de la demagogia. Lo que necesitan las masas, lo que necesitamos todos es *instrucción*, el máximo posible de instrucción.

Quienes soportan el mayor número de desgracias son los tontos, y después de ellos, los inteligentes pero ignorantes. Con la difusión de la verdad se acaban los males de naturaleza evitable y se disminuyen los otros, los constitucionales o hereditarios. Esto último constituye el cometido de la eugenesia.

En fin, he de expresar mi convicción de que la verdad es una sola y de que en las escuelas de preparación general—las llamadas de 1.^a y 2.^a ense-